



EL OBISPO DE TORTOSA

VIVIR Y CREER EN DIOS EN LA FRAGILIDAD

Queridos diocesanos:

Las circunstancias que estamos viviendo estas últimas semanas, y especialmente los últimos días, nos colocan ante una situación que en pleno siglo XXI nadie de nosotros imaginábamos. Nuestra vida cotidiana y la vida de nuestra diócesis, parroquias, grupos y asociaciones se ha visto trastocada repentinamente. Todos nos tenemos que adaptar cada día a lo que nos vayan indicando las autoridades sanitarias. Es previsible que durante las próximas semanas tengamos que permanecer en esta situación de confinamiento y que, por tanto, la vida social y eclesial se reducirá a lo estrictamente necesario. En esta breve carta quiero compartir con vosotros algunas reflexiones y sugerencias para que transformemos esta situación en un momento de gracia.

La pandemia que estamos sufriendo nos debe hacer pensar, en primer lugar, en nuestra fragilidad. Los avances científicos y técnicos, que sin duda, son un fruto de la modernidad positivo para la humanidad, favorecen una actitud de autosuficiencia en el ser humano. El hombre moderno se siente seguro de sí mismo: de lo que tiene, de lo que hace, de lo que puede conseguir con sus conocimientos y con sus medios, de lo que es. Esto le lleva a creer tanto en sí mismo que muchos piensan que no necesitan creer en Dios. Un teólogo del siglo XX, en un comentario al Credo, reflexionando sobre la primera palabra de la confesión de fe (creo), se preguntaba: ¿Quién puede creer en Dios? La respuesta era sorprendente: puede creer en Dios, quien no cree en sí mismo. Los momentos que estamos viviendo tan vez podían ser una invitación a que nos planteemos si no creemos demasiado en nosotros mismos y si no deberíamos elevar nuestros ojos a Dios desde la humildad y la confianza en Él.

Los momentos que estamos viviendo pueden ser una ocasión para que nos preguntemos si en nuestra vida de cada día valoramos las cosas según la importancia que realmente tienen. En un pequeño pueblo en el que todos se conocen, tres jóvenes murieron en un accidente de tráfico. Una persona profundamente creyente compartió conmigo una reflexión que nunca he olvidado. Me dijo que si pensáramos en lo que realmente es la vida, la afrontaríamos de manera muy distinta de como lo hacemos: a muchas de las cosas no les daríamos la importancia excesiva que muchas



EL OBISPO DE TORTOSA

veces les damos y, en cambio, a otras que no se la damos, las valoraríamos más. Esto nos llevaría a superar muchos egoísmos y a evitar conflictos innecesarios, a perdonarnos más y mejor de lo que solemos hacerlo... en definitiva, a vivir desde unos valores más propios del ser humano y más evangélicos.

Pasando a la vida eclesial quiero haceros caer en la cuenta de la coincidencia de esta pandemia con el tiempo penitencial y purificador que es la cuaresma. Esto nos ha forzado a vivir este periodo del año litúrgico de un modo que no imaginábamos el miércoles de ceniza, que fue el día en que comenzamos a recorrer el camino que nos lleva a la Pascua. Todas nuestras actividades y programaciones se han venido abajo. Sin esperarlo, para los cristianos el ayuno cuaresmal ha pasado a ser ayuno del Pan Eucarístico; de repente nos hemos encontrado que las diversiones, que en este tiempo han de ser sobrias, se han suprimido; en cierto modo, se nos ha impuesto una “penitencia” que no esperábamos, ya que estamos todos confinados en nuestras casas, sin poder ni siquiera reunirnos con nuestros amigos y familiares, si no es por causa de necesidad. Las celebraciones litúrgicas han quedado reducidas a un mínimo simbólico y seguramente las celebraciones de la Semana Santa, serán más sobrias que nunca.

Os quiero invitar a que convirtamos este momento en una ocasión de crecimiento en nuestra vida cristiana. Esto será realidad si el ayuno del Pan de la Eucaristía nos lleva a una mayor valoración de este Alimento de Vida Eterna actualmente tan olvidado por muchos bautizados; si la imposibilidad de escuchar juntos la Palabra de Dios en las iglesias, nos lleva a un deseo más grande de alimentarnos de esa Palabra en nuestras casas y a redescubrir que no solo de pan vive el hombre; si la supresión forzada de las celebraciones litúrgicas y de los actos externos, se convierte en una llamada a vivir con una mayor profundidad orante este tiempo cuaresmal y a un encuentro más sincero y auténtico con el Dios Vivo y Verdadero; si la obligación de estar reclusos en nuestras casas se transforma en una ocasión para encontrar-nos con nosotros mismos; si la imposibilidad de encontrar-nos con nuestros familiares y amigos nos lleva a valorar más esa fraternidad y esa amistad. Si vivimos estas circunstancias de este modo positivo, creceremos como personas y como cristianos.

Quiero haceros también una llamada a que no caigamos en la actitud egoísta del “sálvese quien pueda”. Esta actitud lleva a comportamientos de histeria colectiva que desgraciadamente vamos cada día en los medios de comunicación social. Un cristiano tiene que caracterizarse porque no piensa



EL OBISPO DE TORTOSA

únicamente en sí mismo, sino que quiere y le preocupa el bien de todos. Y esto lo tenemos que mostrar en nuestras relaciones con los demás y en el modo de comportarnos en nuestra vida social. Los pequeños sacrificios que se nos piden no los tenemos que aceptar para protegernos de los demás, sino porque son también para su bien. Desterremos cualquier comportamiento insolidario que no contribuye a vivir en paz esta circunstancia.

Pensando en el bien de todos y desde el deseo de contribuir en la medida de nuestras posibilidades a evitar la propagación del coronavirus, hemos tomado la dolorosa decisión de cerrar las Iglesias y los templos para la celebración del culto público. No interpreteis este hecho como que la Iglesia se desentiende de lo que pueda ocurrirle a nuestro mundo. La Iglesia no está cerrada. Como creyentes y discípulos de Cristo sabemos que tenemos que estar cerca de los que sufren y que todos podemos encontrar en Dios el consuelo a nuestras sufrimientos. Por ello, todas tendrán un horario para que quienes lo deseen puedan rezar y los sacerdotes estarán disponibles a atender a quienes estén necesitados del consuelo de la Fe. También las instituciones caritativas, teniendo en cuenta las precauciones necesarias desde el punto de vista sanitario, mantendrán, en la medida de lo posible, la atención y la ayuda a los más necesitados. Cáritas diocesana ya ha distribuido a todos los voluntarios los criterios a tener en cuenta en esta situación.

En nuestra diócesis, la Santísima Virgen María es invocada con muchos títulos que nos recuerdan el amor que siente hacia todos sus hijos que sufren: Ella es Virgen del Remedio, Madre de Misericordia, Madre de los Desamparados, Fuente de la Salud, Virgen del Socorro, Virgen de la Consolación, Virgen de la Piedad... A ella nos encomendamos en este momento de inquietud y le pedimos que aleje de nosotros todos los males.

Con mi bendición y afecto.



+ *H. Benavent*
Ob. de Tortosa

+ Enrique Benavent Vidal, obispo de Tortosa.
Tortosa, 15 de marzo de 2020